

arrastrada por la corriente, se reunió en Marbella. Ochenta buques de guerra de las flotas francesa y española, dejaron la bahía para ir en persecución de los buques ingleses; pero el comandante Lord Howe por una hábil maniobra evitó la batalla, deslizándose rumbo á Tetuán, en donde pudo anclar, y de allí tuvo facilidad para desprender dos buques de línea y algunos trasportes que llegaron á Gibraltar con gran cantidad de provisiones y 1,600 hombres de refuerzo.

Esta maniobra fué decisiva para la defensa de la plaza; porque entretanto las negociaciones de paz entabladas por Francia adelantaron, y tres meses después, en Enero de 1783, se firmaban los preliminares, cediéndose Minorca á España, que la había ocupado durante el sitio, en cambio de Gibraltar.

Las pérdidas tenidas por los ingleses en el asedio pasaron de 1,200 soldados, las de los sitiadores excedieron de 6,000. España gastó más de doce millones de pesos.

Tal fué el resultado de ese memorable sitio, último heroico esfuerzo de la noble España para recobrar una de las primeras fortalezas del mundo, que tan injustamente le fué quitada y con ella el señorío de los mares que había sabido conservar por tan largo tiempo. Terrible golpe no sólo para España, sino para la raza latina, que ve hace más de un siglo en manos de los ingleses la llave del Mediterráneo y la entrada á un gran litoral de las naciones latinas de Europa.

Esta es la última y bien triste impresión que recibe el viajero hispano-americano al salir de la risueña á la vez que formidable Gibraltar.

A partir del último siglo hasta la fecha presente, la historia de Gibraltar no ofrece más interés que el relacionado con la construcción de nuevas fortificaciones y el ensanche de las antiguas, así como la creciente prosperidad de la población, que ha aumentado considerablemente en habitantes y en edificios y ha mejorado muchísimo en su parte material. La descripción, pues, que en el capítulo anterior hemos hecho de la ciudad y de la fortaleza, completa nuestro cuadro histórico, que abraza un período de quince siglos.

## CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Vuelta á bordo.—La velada.—La Santa Cruz.—Un pez luminoso.—Las costas de Cerdeña.—El Vesubio.—¡Nápoles!—El *Te Deum*.—Entrada en la bahía.—El Sr. Obispo Montesdeoca.—El Cónsul mexicano.—El desembarque.—La aduana.—Los agentes de los hoteles.—Los cocheros.—Situación de Nápoles.—Clima.—Carácter de los habitantes.—Las calles.—Los paseos.

TERMINADA nuestra visita, ó más bien, sin terminar, porque como hemos dicho anteriormente, apenas pudimos ver de carrera los principales sitios y edificios, nos dirigimos al muelle para tomar un bote que nos condujera á bordo del Bolivia. Eran pasadas las cinco de la tarde. La marea estaba subiendo y las aguas de la bahía se hallaban algo agitadas. Cerca de una hora empleamos en llegar al punto donde nuestro vapor estaba anclado. Bogábamos contra la corriente y los bateleros tenían que hacer grandes esfuerzos para dominarla. Pequeña era la lancha y el oleaje frecuente subía por el borde, no dejando de mojar nuestras ropas. Con dificultad llegamos cerca del Bolivia. La agitación de las aguas no permitía atracar contra la embarcación, y era necesario aprovechar el momento en que las mismas olas impelían al bote para tomar la escalera. No pequeña inquietud se apoderó de nosotros. Necesitábase la agilidad de un marino para poder ejecutar sin riesgo tan violento trasborde. Palidecimos á la vista de aquel peligro, que era necesario sin embargo arrostrar. Auxiliados de un batelero y fiando en la ayuda que vinieron á ofrecernos los

marineros del Bolivia, hicémosnos el ánimo de ejecutar aquel movimiento y gracias á Dios lo ejecutamos felizmente. Era la primera vez que experimentábamos inquietud y temor desde nuestro embarque en Nueva York.

Llegados á bordo, fuimos á ocuparnos en hacer los preparativos para una fiesta de familia, cuya dirección se nos había encomendado por nuestros queridos compañeros, con el objeto de celebrar el cumpleaños del Illmo. Sr. Portillo. Tratóbase de una velada filarmónica y literaria en la cual los peregrinos deseábamos manifestar nuestra adhesión y cariño al respetable jefe de la excursión.

A las nueve de la noche todos los romeros hallábanse reunidos en la espaciosa sala del comedor, en cuya cabecera se habían puesto asientos distinguidos para el obsequiado y para el capitán del buque. Una especie de dosel formado con una bandera de los colores nacionales servía de solio al asiento destinado al Sr. Obispo.

Poco después de las nueve entró el Prelado en el salón. El Himno Nacional cantado por todos los presentes fué el saludo con que se le recibió. Los cantos patrióticos siempre conmueven el ánimo; pero entonados en tierra extranjera y entre un grupo numeroso de compatriotas, impresionan doblemente, produciendo extrañas sensaciones que no se podría definir si pertenecen al dolor ó á la alegría. Una obertura ejecutada en el piano, dió principio á la velada. Seguidamente subió á la tribuna el Sr. Dr. Stéfano y dijo en italiano los elogios del Sr. Portillo. Una pieza de clarinete ejecutada por el Sr. D. Gregorio García, con acompañamiento de piano por el joven Enrique Coeto, y habló en español el Sr. Cura D. Ruperto Zúñiga; otra pieza de canto por Joaquín Amézaga y la Srita. Guadalupe Manrique de Lara, y tocó su turno al Sr. Lic. Pérez Salazar. Otras varias piezas de canto, de clarinete y de piano, alternaron con brillantes composiciones en verso y en prosa, del niño Maza y de los Sres. Lic. D. Silvestre Moreno Cora, en francés, del Sr. Dr. Lara en italiano y mexicano, del Sr. Dr. Ibarra, en latín, y de otros señores en español, entre los cuales merece mención especial

una elegante poesía del Sr. D. Agustín Abarca. El Comisario del buque Mr. Easton, en su nombre y en el del Capitán, tuvo la amabilidad de decir una buena improvisación en inglés, que tradujo como le fué posible al español y fué aplaudida estrepitosamente, mereciendo del coro los honores de la diana. El Illmo. Sr. Portillo, se puso en pie y con acento conmovido improvisó un discurso, que fué escuchado con religioso silencio y aplaudido también calurosamente por los circunstantes.

Un detalle que merece consignarse. La Sra. Severa Mondragón de Pizarro, cuyo nombre no figuraba en el programa de la función, pidió permiso para hablar y dirigiéndose al Prelado en una sentida cuarteta, le presentó un obsequio consistente en monedas de oro.

Tampoco debe omitirse referir que en la comida que precedió á la fiesta, el Comisario dispuso un servicio extraordinario y además ofreció al Sr. Portillo un gran pastel adornado con esmero.

Así fué solemnizado por mexicanos y extranjeros á bordo del "Bolivia" el natalicio del presidente de la Peregrinación mexicana. Gratos é inolvidables recuerdos nos han quedado de esa manifestación de simpatía, á la cual se hizo acreedor nuestro estimable Sr. Obispo, D. Buenaventura Portillo.

Llegó el tres de Mayo, día de la invención de la Santa Cruz. *In hoc signo vinces*, había visto el gran Constantino escrito en el Cielo. Con este signo venció á Magencio en la memorable batalla. Con este signo habíamos vencido nosotros las dificultades que se oponían en un principio á nuestra salida de la Patria. Con este signo habíamos salvado todos los obstáculos que se opusieron á la realización de nuestro viaje. Con este signo teníamos vencida ya la mayor parte del camino. A la vista de este signo de la verdadera Cruz que llevábamos con nosotros, habíamos vencido á los elementos, alejado las tempestades y aquietado las olas del mar, á veces próximas á enfurecerse. Con este signo caminaba nuestra nave surcando tranquila y serena las ondas del Océano. Con este signo llegaríamos dentro de cuatro ó cinco días

sanos y salvos al puerto de nuestro destino. Justo era tributar un culto especial á este adorable signo en el día de su fiesta.

Poético y altamente conmovedor fué el ejercicio que tuvo lugar en la mañana de este día en nuestro improvisado oratorio. Cantóse por los sacerdotes el bellissimo himno *Vexilla Regis*, mientras el Sr. Obispo daba una vuelta por la sala llevando en sus manos consagradas una cruz de bronce que contiene en su centro una pequeña astilla del árbol santo de nuestra Redención. Todos los circunstantes inclinaban la frente delante de la insigne Reliquia. A continuación fueron acercándose á besar el precioso fragmento; *¡O Cruz ave, spes unica!* Decíamos en un trasporte de fervor religioso. ¡Oh amable enseña de nuestra salud! Tú eres nuestra única esperanza! En ti confiamos que nos llevarás al término de nuestro viaje felizmente y nos concederás regresar con felicidad á la Patria. En ti esperamos que nuestras familias gozarán de salud y paz durante nuestra ausencia. En ti esperamos que nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios por hacer esta Peregrinación, no serán estériles y de ellos sacará gran provecho la Religión y la Patria. *¡O Cruz ave!*

El día pasó sin que hubiera incidente alguno que lamentar. El Mediterráneo, mar de aguas azules, de un azul verdaderamente hermoso, abría manso sus tranquilas ondas para conducir nuestra embarcación al soplo de una suave brisa que apenas hacía sentir en el interior los movimientos del buque. Todos caminaban gozosos y los mareados se sintieron bien. El ejercicio del mes de María se hizo con mayor solemnidad. El Sr. Abarca, restablecido completamente, pudo hacer oír su elocuente voz en la plática de la tarde.

Por la noche observamos asombrados desde cubierta un fenómeno que no habíamos visto. Un pez como de tres varas de largo se hizo visible en la superficie de las aguas en medio de la oscuridad más completa cubierto de una capa luminosa y dejando tras de sí una estela fosforescente como la que dejaba el buque; se acercaba á éste y se ocultaba momentáneamente debajo de él; apareciendo después á nuestra

vista con los mismos detalles y ocultándose de nuevo. Largo rato estuvimos gozando de este espectáculo, que en verdad contemplábamos absortos. ¡Qué hermoso se vería el mar en noche oscura si sus infinitos habitantes tuviesen todos esta propiedad y se hallasen cubiertos con esa luminosa vestidura.

El día 4, fué tan sereno y apacible como el anterior. El 5 sintióse agitada la mar, pero se hallaba cerca la tierra y nadie se inquietó por los sacudimientos del buque. La seguridad de tocar muy en breve la tierra producía la tranquilidad en los navegantes.

A las once y media se avistó el Cabo de San Pedro en Cerdeña, con gran contento de todos los peregrinos. Ya no disábamos sino dos días del Golfo de Nápoles. En pocas horas nos encontraríamos en suelo italiano.

Todo el Domingo 6 de Mayo estuvimos viendo las costas de Cerdeña. Cordilleras más ó menos elevadas compuestas de montañas desnudas de vegetación. El antiguo reino de Víctor Manuel, ha sido durante el día el objeto de nuestra atención. Como á las doce doblamos el Cabo de Carbonara.

El Lunes 7 amaneció un día hermoso alumbrado por un sol radiante. Hacía un mes que habíamos salido de México. En este día íbamos á ver el término de nuestro viaje. A las ocho de la mañana se descubrió la poética Ischia. A las doce pasábamos delante de sus costas. Teniendo á la vista á la derecha la celebrada Capri. Ya no podíamos dudar de que estábamos llegando á Nápoles. A la una se presentó á nuestros ojos el Vesubio. Le vimos absortos alzándose majestuosamente entre las olas del Golfo, le contemplamos coronado de un blanco penacho de humo denso que se extendía horizontalmente hacia el Sur algunos kilómetros. No es para describirse la alegría que se apoderó de los navegantes al apercibirse de la presencia de aquel coloso.

La campana llamó al comedor y nos sentamos á comer bajo la grata impresión que nos produjo la proximidad de Nápoles. Ningún día estuvo la mesa tan animada. A los postres el Illmo. Sr. Obispo se levantó para brindar por nuestro in-

mediato arribo á Italia, y para dar un afectuoso saludo de despedida al Capitán, oficiales y empleados del Bolivia. El Sr. Dr. Ibarra habló también bajo la misma inspiración. Ambos brindis fueron muy aplaudidos, así como la contestación que el comisario Mr. Easton dirigió en su nombre y en el del Capitán.

Apenas terminada la mesa, corrimos á la cubierta. Deseábamos con ansia ver la pintoresca Nápoles. No pasó mucho tiempo sin que fuese visible para nosotros aquella maravilla que han realizado en admirable concierto la naturaleza y el arte en esa privilegiada región del suelo italiano. La mayor parte de los presentes conocíamos Nápoles, en las estampas, en las fotografías, en las poéticas descripciones de ilustres é ilustrados viajeros. La realidad, sin embargo, nos pareció superior á todas aquellas representaciones, á todas aquellas pinturas. Nápoles ofrece á la vista todo lo que la naturaleza tiene de más risueño y encantador. Dispuesta la ciudad en un grande anfiteatro á la falda de un hemicielo de montañas que circundan la mar, en medio de un panorama variado cuyas bellezas siempre nuevas no pueden admirarse suficientemente, al Oriente se eleva el Vesubio cercado en su base por las poblaciones de Massa, San Sebastián, Pollena, Trochia y San Jorge; á lo largo de la costa se extienden Portici, Resina, Torre del Greco y Torre Anunciata: un poco más lejos, Castellamare, el promontorio de Sorrento y la punta de la Campanella: en medio del Golfo se alza como por encanto la isla de Capri: al Oeste, la deliciosa colina de Pausicippo, y más allá la pequeña isla de Nisida, el litoral de los Bagnoli, Pouzoli, y los lagos de Averno y de Lucrino y el Cabo de Misena..... Y entre todas estas bellezas naturales, y en medio de todos estos accidentes, y como reclinándose sobre un muelle diván de vegetación y de verdura, la gran ciudad con sus hermosos edificios y sus risueñas praderas y sus alegres calles y sus pintorescos paseos.

Agrupados todos los peregrinos al derredor del Sr. Obispo, contemplaban extasiados el encantador panorama que tenían delante sin poder articular palabra. Sacólos de su es-



ILLMO. SR. DR.  
D. IGNACIO MONTES DE OCA.

tupor y de su arrobamiento la voz del presidente de la Peregrinación entonando el *Te Deum*. Jamás habra elevádose al Cielo este bellissimo cántico de la Iglesia, con más fervor y con más ardiente devoción. Jamás habrá subido al trono del Señor una acción de gracias más sincera que la que en estas circunstancias dirigimos al Todopoderoso, por el inmenso beneficio que habíamos recibido de su liberal mano. Nuestras voces y nuestros cantos, mezclados con nuestras lágrimas de ternura han de haber llegado al Cielo, como el incienso de los altares; y el Dios de bondad y misericordia los recibiría con agrado, como la ofrenda más pura que podíamos presentarle en señal de reconocimiento.

A las cuatro de la tarde fondeaba el Bolivia en la bahía sus pesadas anclas; sus poderosos cables, dejaban inmóvil el gran edificio cuyo constante movimiento había sido causa del malestar físico de muchos y de las inquietudes y amarguras de los más. Una multitud de lanchas se acercaron inmediatamente al Bolivia. Entre estas se adelantó una que traía á bordo á dos eclesiásticos. Uno de ellos, á juzgar por el color rojo que ribeteaba sus vestidos, debía ser un obispo. No tardamos en reconocer en este personaje al Illmo. Sr. Montesdeoca, nuestro respetable compatriota, que nos saludaba descubriéndose la cabeza. Gratisima fué la impresión que con esto recibimos. Después de corresponder con demostraciones de respeto al cariñoso saludo del Prelado, en voz unísona entonamos el Himno Nacional mexicano. Aquello fué un acto sublime y conmovedor. México, representado por el grupo de peregrinos, saludaba con un canto patriótico al príncipe de la Iglesia, ausente hacía algunos meses del suelo de la Patria. Los vivas á México y al Sr. Montesdeoca, sucedieron al Himno, y el regocijo y la satisfacción se retrataban en todos los semblantes. Momentos después la barca del cónsul mexicano D. Enrique Angelini se acercaba al vapor y correspondíamos entusiastas al saludo que este caballero nos dirigía.

Pocos minutos transcurrieron y estrechábamos en nuestros brazos al ilustre mexicano y al amigo de México. Ins-

tantáneamente se inundó de gente el Bolivia. Los bateleros y los agentes de los hoteles y multitud de curiosos pasaron á bordo, y fué necesario que el Capitán dictase é hiciese ejecutar ciertas órdenes para despejar el buque. Entre tanto, los gritos de los bateleros desde los botes y el bullicio y algarazara que metían los curiosos, producían una encantadora algarabía que nos tuvo aturridos por algún tiempo. Al fin se acordó el desembarque y en medio de aquella gritería de los napolitanos comenzaron á bajar los peregrinos á los botes. Era de ver el afán con que los recibían los conductores de las lanchas, que agrupados al pie de la escalera se arrebatában al desgraciado que primero descendía. Este le tomaba de un brazo, aquel le asía del otro, uno le abrazaba por las piernas, y así en peso era colocado en la embarcación á donde definitivamente caía en brazos de sus bateleros. Otros peregrinos, principalmente los ancianos, desde la cubierta del buque descendían ya en brazos de los que habían logrado apoderarse de ellos antes de tomar la escalera. El anciano Sr. Cura Conchos, el Padre Orihuela y algunos otros bajaron así hasta el fondo de las lanchas.

Angelini, por indicación del secretario de la Comisión, había tomado la delantera para estar presente en la aduana en los terribles momentos del registro de los equipajes. ¡Qué fiscalización tan odiosa la de la aduana italiana! Todos los baúles se abren, todas las petacas se registran; hasta las pequeñas bolsas de mano y hasta los bolsillos de las personas pasan por un minucioso registro. ¡Y en busca de qué? En busca de la sal y el tabaco, mercancías estancadas por el gobierno italiano. ¡Un monopolio fiscal en pleno siglo XIX! ¡Y ese monopolio decretado y ejecutado por un gobierno que se apellida liberal! Grandes molestias sufrieron nuestros peregrinos; irritantes humillaciones recibieron en su paso por la aduana de Nápoles, no obstante la intervención de nuestro cónsul y á pesar de sus ruegos ó reconvencciones. Una persona declaraba llevar y presentaba efectivamente una caja de puros ya comenzada, que traía consigo para su uso personal; se pesaba esta caja y se exigía al por-

tador una suma que no valían los puros contenidos en la caja; el resultado final era que los puros se quedaran en la aduana. Y después de esto, todavía se abrían las petacas de aquel individuo para cerciorarse de si traía más tabaco. Un sacerdote, vestido con un sobretodo negro, ocultaba debajo de él la obesidad de su abdomen. Antojósele al guarda que aquel abdomen podía ser artificial y contener un buen relleno de tabaco, y obligó al eclesiástico á desabotonarse el abrigo y le examinaba el vientre para ver si encerraba tripas de carne ó de tabaco. Y no obstante quedar cerciorado este empleado de que aquel sacerdote nada llevaba que importase contrabando, al salir se le sujetaba á nuevo examen por otro guarda apostado en el exterior de la oficina. No paraba aquí la cosa. Al subir al carruaje que debía conducirle á su hotel, todavía era detenido por otro agente del fisco para registrarle de nuevo. ¡Y gobiernos que tales cosas ordenan ó autorizan se llaman liberales! ¡Y se llaman civilizados los pueblos en que tales ultrajes recibe el extranjero! (1)

Ya se nos había prevenido á bordo que seríamos objeto de una odiosa fiscalización en las aduanas italianas, pero nunca pudimos creer que llegara al extremo á que se ejerce en Nápoles, principalmente con los extranjeros. ¡Registrar hasta los bolsillos para descubrir una introducción clandestina de sal y tabaco! Si á lo menos se tratara de brillantes ó de joyas que en pequeño volumen pueden encerrar un gran precio, pase; pero sal ó tabaco. . . .

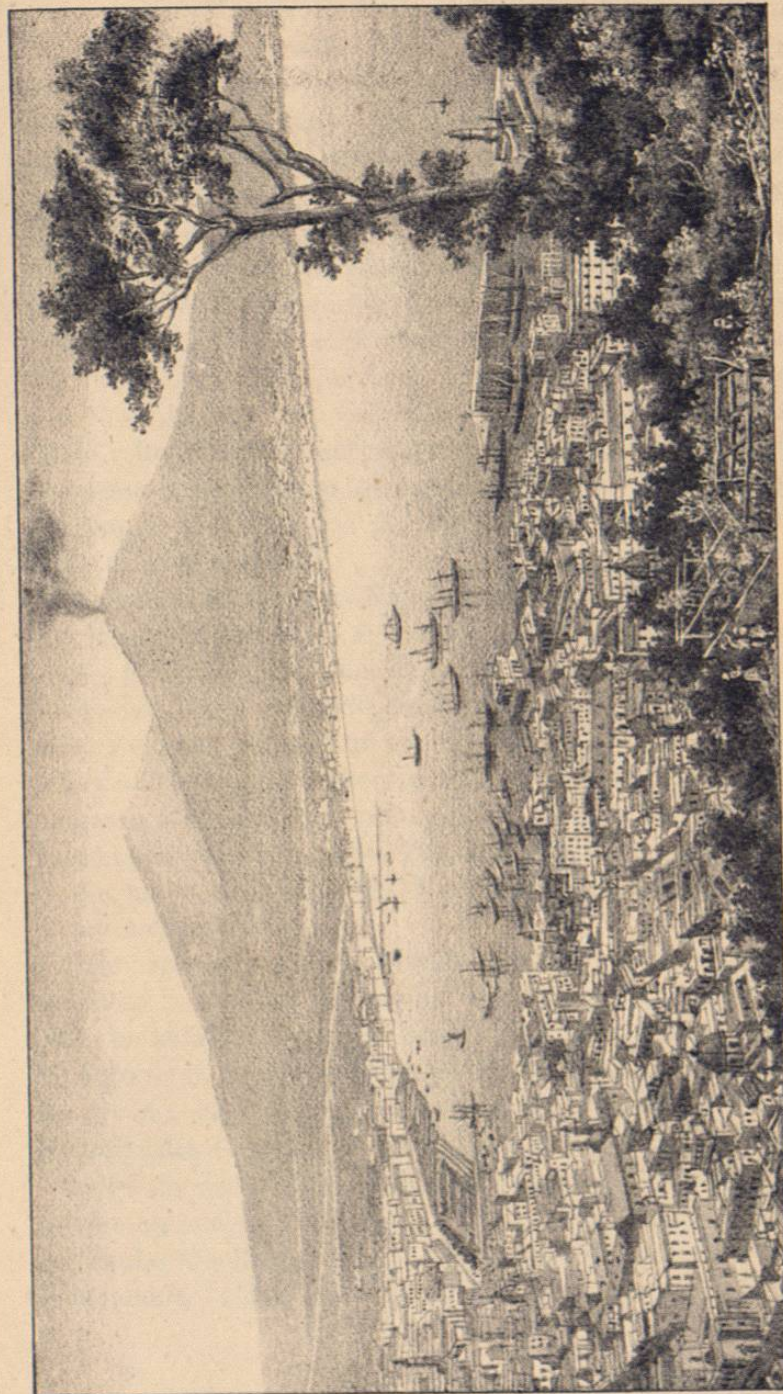
Una pobre señora de 3ª clase llevaba en su saco de viaje una pequeña porción de comestibles y entre ellos una poca de sal: descubierta por los agentes fiscales fué decomisada. Ridículo es esto, y sería simplemente motivo de risa, si á la confiscación de tan mezquina porción de un artículo de tan corto precio no hubiese precedido ese odioso registro que tanto ultraja la dignidad humana.

(1) A Monseñor Treviño se le cobraron ¡setenta liras! por una caja de puros y cosa de veinte cajetillas de cigarros que llevaba para su uso. Conserva en su poder la factura como una prueba de la rapacidad de los aduaneros italianos.

Después de pasar por estas horcas caudinas de la aduana, quedaron nuestros peregrinos á merced de otra clase de agentes, los de los hoteles, y de los conductores de carruajes. No obstante las medidas tomadas por nuestro eficaz y entendido cónsul, fué inevitable que algunos grupos de mexicanos cedieran á las instancias y solicitudes de aquella turba de importunos. Al día siguiente trabajos tenía la Comisión para averiguar á dónde habían ido á alojarse algunos peregrinos, arrebatados por esos agentes el día anterior para llevarlos á posadas distantes de los hoteles en que Angelini había arreglado los alojamientos. Son una verdadera plaga en Nápoles los conductores de carruajes y los agentes de hoteles. Aparte de la gritería con que aturden al viajero, se lo disputan entre sí, atreviéndose hasta tomarle del brazo para llevarle consigo. Es necesario estar muy prevenido de antemano y desplegar una varonil energía, para no dejarse conducir á su pesar por el que más importuno ó más atrevido se interpone á nuestro paso.

Cuatro días permaneció la Peregrinación en Nápoles, mientras recibía la Comisión el aviso del día en que tuviera lugar la audiencia pontificia. Con el objeto de solicitarla, habían salido luego para Roma el Dr. Ibarra y el caballero Angelini. Aprovecharon el tiempo entretanto en proveerse de ropa los que habían tenido el buen juicio de no llevar en su equipaje más que la indispensable para el camino. Empleáronlo también algunos en visitar la gran ciudad y sus alrededores. Pudimos por tanto darnos cuenta de las cosas más notables.

Nápoles, en otro tiempo *Parthenope*, está situado á 40° de latitud Norte y su temperatura media, de 16° á 17° centígrados, se eleva algunas veces asta 40° en el verano, y desciende hasta 3° en invierno. Uno de los mejores meses del año para visitar Nápoles, es el de Mayo, en que nos ha tocado llegar. Uno de los caracteres propios de Nápoles que celebran mucho los viajeros, es el movimiento de su población, la vida y la animación que allí reinan, principalmente en la clase baja. La inconstancia del clima y la risueña exuberan-



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

NÁPOLES.